

neo en busca de la plaza y el parque. No obstante, ambas son poblaciones de confín, con su gente blanca y su gente atezada, criollos y *pajueranos*, dacios y turcos. Otra nota es común, la noción de confín. De alguna manera, Rumania es la marca oriental de Europa, como Argentina es el límite austral de Occidente. *Confines de Occidente*, con precisión, se llama un libro de Bernardo Canal Feijoo que trata, entre tantos, de definir el espacio argentino, siempre difícil de perfilar, como todo lo confinado.

Hay un punto en que la historia en dos ciudades se quiebra. Las construcciones de la era Ceaucescu irrumpen en el paisaje bucarestino como una auténtica invasión. Especialmente, el faraónico Centro Cívico, inconcluso a la caída del dictador, inspirado, según se dice, por la arquitectura coreana del Norte de la época Kim-il-Sung. Cuatro barrios fueron demolidos para dar lugar a una mole de varios pisos y siete subsuelos, uno de ellos acorazado contra una posible guerra nuclear. En torno, unos jardines amurallados dan circulación a unas avenidas donde se alzan macizos edificios de lo que llamaríamos transvanguardia o arquitectura anacronista, que harían las delicias de Ricardo Bofill. En ellos pensaba alojar Ceaucescu a los empleados de la administración, seguramente para tenerlos concentrados y bajo cercana vigilancia.

El conjunto se alzó con rapidez, acaso intuyendo que el final del dictador se hallaba cerca. Los vecinos desalojados fueron a dar al extrarradio y muchos debieron dejar sus perros sueltos por lo que, de acuerdo a la especie popular, se dispersaron y asilvestraron por la ciudad, atacando a la gente, hasta que un drástico alcalde ordenó eliminarlos. Fuera de la zona y de algunas calles céntricas, el estado edilicio exhibe su deterioro, con lo que volvemos a Buenos Aires. Un troncho de metal disimulado por unas baldosas flojas, por ejemplo, me costó un par de zapatos. Esta alternancia de esplendor y miseria hermana a las dos urbes, como esos parientes lejanos que conservan un aire de familia aunque nunca se traten.

Podría llevarse más lejos el paralelo. Recuerdo una fotografía de hace largos treinta años donde Perón y Ceaucescu se están abrazando. Ciertamente, eran dos admiradores de Mao y hoy, los tres, personajes de un pretérito remoto, el que producen los seguidores que reniegan de sus antepasados. Menos arriesgado en lo ideológico, y más rumano que el rumano en el examen de las circunstancias, Perón tuvo un final mucha más astuto, porque concitó en sus funerales a propios y ajenos. A Ceaucescu, en cambio, le montaron una parodia de proceso y lo fusilaron algunos de sus fieles seguidores.

Joaquín Garrigós, buen conocedor de gentes y letras del país, me enseña el adjetivo *interbélico*. Siempre he dicho y leído «tiempo de entregue-

rras, período de entreguerras», pero sin hallar el adjetivo pertinente. Lo interbélico tiene, en Bucarest, el aura de una *belle époque*, de lo que siguió a un desastre y antecedió a otro, un tiempo exento de calamidades y poblado de esplendores. En la Argentina, donde no hubo guerras mundiales que soportar, sin embargo, el equivalente a los años interbélicos también se da, porque la primera guerra mundial dejó una secuela de buenos negocios, estabilidad económica y calma política, antes de los trastornos de la Gran Depresión y la serie de intervenciones militares que duraron medio siglo. El adjetivo me seduce y lo argentinizo por mi cuenta.

También se encarga Garrigós de indicarme que los escritores rumanos que conozco son los que han escrito en francés: Panaït Istrati, Eliade, Cioran, Ionesco, no sé si Vintila Horia. La actriz rumana que recuerdo en su vejez haciendo *La mamma* de Roussin, Elvire Popesco, también actuaba en francés. Y la soprano rumana que dejó una estela legendaria entre los aficionados porteños y era admirada por Puccini, había afrancesado su nombre: Hariclée Darclée. Realmente, fuera de algunos poemas de Lucien Blaga y Marin Sorescu, mi ignorancia de la literatura rumana se acerca a la perfección. Para enterarme con cierta rapidez de la atmósfera que dominaba en el período interbélico, me recomienda Garrigós el diario de Mihaïl Sebastian, que ha traducido, prologado y anotado para Destino de Barcelona. Ha hecho un trabajo de calidad y utilidad. Seguramente, está mejor escrito que el original, porque tiene una lectura más (la observación la hizo, en general, Paul Valéry respecto a toda buena traducción). A ello se suman la presentación de un escritor que desconocemos en español y las notas al pie, indispensables en este tipo de textos, pues nos abren paso por el laberinto de nombres y apodos de la época.

Estos diarios tienen la excelencia de su género: no parecen escritos día a día, a rachas, sino que construyen una historia, como si se tratara de una novela o una biografía previamente bosquejadas. Hay que conocer bien al personaje —y tratándose de uno mismo, la empresa es especialmente difícil, porque de cerca se abusa de la máscara— y sorprenderlo en los momentos oportunos para sacarle los perfiles más significativos. Quizá Sebastian contaba con buenos ejemplos, Jules Renard y André Gide, pero el sujeto del diario —el que sujeta y el sujetado— es creación suya. Otra calidad del texto es el equilibrio que hay entre la introspección y las atenciones que presta al mundo, de modo que el individuo está en la época y la época se cristaliza en el individuo.

Sugestionado como estaba por el porteñismo de Bucarest, lo primero que advertí en Sebastian fue su sesgo de argentino, hombre que está solo y espera sin saber qué espera, en una suerte de espera abstracta que no cuaja

en empresa ni en esperanza. Su doble apetencia de letras y de música me lo hacen, por la parte que me toca, muy familiar, en especial dada la lista de intérpretes que poblaron, a la vez, las carteleras de nuestras dos ciudades, con la excepción de Enescu, el músico rumano por excelencia, que creo nunca cruzó el charco hacia el Sur: Kempff, Piatigorsky, Bernardino Molinari, Casals, Thibaud, Giesecking, Cassadó, Hubermann, Rubinstein, Cortot, Scherchen, Friedman. Dan ganas de poner puntos suspensivos, signo que detesto porque son como la confesión de ineficacia del escritor o el memorioso.

Sebastian, como buen argentino –sigamos con la exageración pues resulta útil– es un joven prematuramente decadente, que se siente viejo y percibe que soporta una carga imaginaria de siglos, otorgada por un país que no llega a tener cien años. Es un niño cansado de la vida que no ha vivido, y que está desilusionado, como un anciano, de ilusiones que no tuvo. Por poco, entra fácilmente en una letra de tango. Más aún si se examina su relación con las mujeres, propia de un solterón con madre cercana y padre inexistente, según el esquema de las familias tangueras.

La mujer es, para Sebastian, «un pequeño monstruo adorable». El amor lo hace sufrir y sólo es feliz cuando consigue liquidarlo. Su modelo femenino es una seductora promiscua, preocupada por la modista, la peluquera y la compra diaria. Es notoriamente insensible, frívola y falsa. Tanto que, si una mujer le dice «te quiero», se siente halagado pero también estúpido. Es el momento en que se entusiasma porque tiene delante a una actriz que, al tiempo, se sospecha hetaira, capaz de arrastrar una nómina de mil amantes.

No quiere con ellas matrimonio ni hijos, sino penas de amor, verse con una antigua querida y evocar el tiempo cuando la amó como un perro, cuando intentó salvar a una depresiva del suicidio. En general, la evocación de sus amores lo llevan a reconocerlos como ridículos, que las mujeres se le acercaron pero no lo conocieron y él no las ayudó a que lo quisieran bien. ¿Es alguien incognoscible, lo somos todos, la mirada femenina no lo alcanza por pertenecer al otro mundo, el famoso «continente negro»? Desde luego, resulta imposible mayor fidelidad a la literatura del tango.

Por cierto que Sebastian excede a Discepolo, sin desmerecerlo. En la primera mitad del diario se advierte que necesita siempre amar a alguna mujer. Luego, ellas desaparecen, a medida que la situación histórica se vuelve más dramática y penosa. Las reflexiones del caso nos llevan hacia Proust, tal vez el único escritor contemporáneo que Sebastian lee con interés y provecho, porque le ayuda a contar su propia historia. Notoriamente, en el aspecto amoroso, porque el rumano entra y sale de sus enamoramientos como si intentara comprender el fenómeno que consiste en ena-